

su hijo que desde aquel día, para evitarse la mortificación de no haber accedido á los consejos de los dueños de la casa, volvía á uno de sus ranchos, lo que verificó al mismo tiempo que Mendez, enterado de las promesas de Mejía, devolvía el indulto con esta lacónica contestación: "No necesito de indultos." Mejía salió por esta época para Monterey, dejando en Victoria al Coronel Du-Pin, jefe de la fuerza francesa. Las autoridades de Hidalgo recibieron otro indulto con orden de hacerlo llegar á su destino por conducto de la esposa de Mendez, á quien Doña Agapita había mandado á un punto llamado "El Desengaño," con otras familias allí refugiadas, con el objeto de evitarse compromisos contrarios á sus ideas liberales.

Un amigo íntimo de Mendez se encargó de la difícil comisión.

—¿Qué me traes aquí?

—Un indulto de Du-Pin.

—Son ustedes unos cobardes, sin patriotismo, que en lugar de ayudarnos, sólo sirven para desanimar nuestros esfuerzos. Si nadie quiere acompañarme, quedaré sólo, para batir al enemigo—fué la respuesta de Mendez.

Du-Pin recibió por el mismo conducto la contestación de Mendez, pero al desgarrar la cubierta sólo encontró el indulto hecho pedazos.

—Yo sé como ha de rendirse:—prorrumpió con ira el coronel francés—dando órdenes de caer sobre los ranchos de Mendez, poniendo á precio su cabeza así como la captura de la madre y esposa del jefe liberal.

Cuando los franceses llegaron á Santa María no encontraron más que á un caporal, que después logró escapar, y un sirviente á quien Du-Pin amenazó con la muerte para que descubriese el rumbo que había tomado la familia y el sitio en que Mendez se encontraba. "Señor—contestó este valiente—yo nada sé y á nada puedo contestar"—Du-Pin ordenó que le diesen tormento, pero con un valor tan grande como superior á las terribles pruebas del suplicio, "señor—volvió á decir—mátenme de una vez porque yo nada sé y á nada puedo contestar."

—Poco conseguiremos con matar á este infeliz, observó oportunamente uno de los oficiales. El sirviente fué puesto en libertad. Momentos después pasó frente á las tropas arreando sus bueyes, con admirable serenidad. Entonces se dirigió á él uno de los jefes, el que había intercedido en su favor, mostrándole un puñado de onzas de oro:

—Estas y otras más te prometo regalar, si me dices, á mí solamente, donde están tus amos.

—Señor—contestó, siempre con la misma firmeza,—cuando salieron del rancho yo bajaba en mi labor; no sé donde están ni que rumbo tomaron al partir.

Este episodio heroico, este pasaje excelente de nobleza y de fidelidad, perdido entre las sombras, como otros muchos, en los anales de la redención patria, debe ocupar su puesto en la admiración pública, con la humilde grandeza del protagonista de la hazaña, cuyo nombre me toca recojer de lo ignorado. Este nombre es: Valentín Gallardo.

Las crueles dificultades y acerbas privaciones que sufrieron, tanto la madre como la esposa de Mendez en esta época, parecen inverosímiles. Aquel éxodo sin esperanzas, aquella peregrinación trabajosísima de nómadas; aquellas marchas forzadas; el sobresalto constante de la vida; la reproducción de aquellas penas legendarias de la Santa familia huyendo á Egipto por el desierto; la desconfianza en el refugio, en que los animales más nocivos parecían más dignos de la paz y de la vida que los hombres; el duro hospedaje de la Sierra; aquel vivac á campo raso, en los montes, en las cuevas y hasta en las horadaciones de las minas; amaneciendo en un punto y durmiendo en otro, entregados al rigor de un invierno cruel, con hambre, con sed, con calados por la lluvia y por el frío, sin poder hacer lumbré, temerosos de que el humo denunciara el escondite. "¡Cuántas veces, dice, la esposa de Mendez, cuántas veces, á media noche, me asaltaba el temor de verme devorada con mi hija por las fieras atraídas con su llanto, ó descubiertas por los terribles enemigos, y clavadas en la punta de las bayonetas, como juraban hacerlo, si caíamos en su poder!"

Entretanto Mendez, génio de la tenacidad, estaba en todas partes para hostilizar al invasor. Sin gente, sin parque ni elementos, hacía una guerra de sorpresas. Movido por el odio y la desesperación, su estrategia era el conjunto de todas las supremas providencias de la destrucción. Atacaba muchas veces como un duende. El enemigo, no obstante la superioridad numérica, desconfiaba hasta de la caída de una hoja, temerosa de ver salir á Mendez de algún sitio imposible, ya que para estos hombres, Mendez era susceptible de improvisarse como un rayo seco y en cualquier momento ser fatal. Cuántas veces parecía que la naturaleza tomaba parte en la contienda. Marchando por el flanco de una montaña, se desprendía un peñasco, amenazando sepultar al extranjero. Allí, estaba la misteriosa mano del guerrillero de Hidalgo, disparando rocas, á falta de otro proyectil.

Otras veces, era una lluvia de tiros salidos de un matorral. Derrepente cruza entre las filas una bala, certera por lo común. El terreno se desgaja bajo sus plantas, brota el fuego de las grietas y estalla una explosión mortal. Después el rumor de un tropel; después... nada.

Se destacaba una columna ligera, redoblando las jornadas en el silencio y oscuridad de la noche; todo con sigilo de fiera cazadora para caer sobre la presa. ¡Ahora sí; la choza está á la vista; el fuego brilla dentro. Pero en el momento del golpe Mendez resultaba como por encanto en otro lugar. Todo este aparato se reducía á armar trampas en una topografía. Ese hombre tenía la prodigiosa astucia de anticiparse á los designios de sus perseguidores. Cuántas sorpresas se intentaron contra él y su familia fueron inútiles, y en vano se adivinaba su presencia porque así lo anunciaba algún estrago. Los cadáveres caían destrozados por la mina; ¿en dónde estaba el enemigo...? Algunas veces se dejaba descubrir como una cabalgata fugitiva, como una visión inabordable, de seres que dejaban al pasar el eco resonante de su estrépito.

Du-pin no hacía una guerra sino un exterminio. Niños, mugeres y viejos, todo era lo mismo, á todos los igualaba en el rasero de su ferocidad. En un camino llamado del Pretal encontró á un anciano; lloraba el infeliz; el venerable llanto corría por su rostro de sesenta años; se dió la orden atroz y se consumó un asesinato sacrilego.

Para el exterminador la montaña era una guarida y Mendez la bestia bravía. Lo había sentenciado á la inhumana condición de lobo, y le perseguía como á tal. Tenía perros amaestrados para acosarle. Bajo la influencia de esta pena, Mendez llegó á ser lo que ellos querían: una fiera, y se emprendió una lucha de ferocidades. Por una parte la ferocidad del que invade por codicia y mata por cálculo y despoja por iniquidad. Por otra la ferocidad del patriotismo, la santa demencia del derecho, la desesperación de la justicia hollada.

Fué necesario prescindir por este camino de la esperanza de capturar á Mendez. ¿Cómo arrancarlo del baluarte inexpugnable de la Sierra...! En el mes de Enero de 1865 se le presentó un comisionado, proponiéndole en nombre de las autoridades de Linares una conferencia, á fin de concertar los medios de pasarse á él, para reorganizar los trabajos de la guerra contra el Imperio. "De esta manera, decían los de Linares, probaremos nuestro patriotismo volviendo como bucos mexicanos á la defensa de nuestra patria,

abjurando de la causa que solo hemos abrazado por un imperioso compromiso. A usted le toca aprovechar nuestro arrepentimiento, conciliando bajo los auspicios de su nombre los buenos servicios que hoy ofrecemos para el triunfo de la libertad." Con estas protestas recibió Mendez un expresivo obsequio de cerca de cinco mil cápsulas. Entre los que se ofrecían para este advenimiento, contábanse numerosas personas que en garantía de sus promesas invocaban la amistad que habían llevado siempre con el guerrillero liberal. Al efecto debía éste aproximarse á las inmediaciones de aquella población; simular allí una escaramuza, y esperar el momento decisivo. Mendez aceptó, más bien con la esperanza de explotar lo posible de aquella aventura, sin confiar bastante en la lealtad de quienes se la proponían.

Rodeóse de precauciones y cuidados, entre los cuales no deben haber sido inexplicables por cierto los que para sí juzgó oportuno tomar, fingiendo una indisposición que le impedía aceptar los espléndidos manjares y ricos vinos del banquete, con que los de Linares se empeñaban celebrar "el venturoso objeto de aquella reunion." Fijóse á las orillas del río, en un paraje cercano á la ciudad. Convínose que á una señal determinada, se movería con toda su fuerza en dirección á la plaza, apoyando este movimiento la guarnición. En el momento designado Mendez avanzó con gran recelo, aunque con aparente resolución. Fué bruscamente detenido. Si los hechos no se adelantan, Mendez hubiese tenido el tiempo necesario de penetrar á la ciudad. El desenlace probable de esta imprudencia podría haber sido el exterminio del "Cuerpo de fieles." Por otra parte cercado, encañonado, sin más perspectiva que la catástrofe.

Mendez era capaz de forzar el triunfo en la desesperación, con una de esas hazañas prodigiosas de la temeridad proverbial del esforzado guerrillero. Bajo la impresión de estas reflexiones el enemigo tal vez precipitó los hechos y malogró sus consecuencias. Antes de llegar Mendez á las últimas fortificaciones estalló sobre él copiosísima descarga, por ventanas, balcones y azoteas. El golpe se anticipó con desacierto digno de la infame proeza. El clarín cayó junto á Mendez atravesado por más de un proyectil. El mismo, herido en una pierna, apenas tuvo tiempo de ponerse á la defensa, peleando en retirada, y en el supremo trance de incendiar algunas casas para proteger su marcha. Desorientado el enemigo, Mendez pudo ganar precipitadamente un rancho, en que mandó hacer camillas para los heridos. Concluida esta opera-

ción, partió para Villagrán, donde se hicieron las primeras curaciones, y el triste convoy se retiró á un punto llamado Peñuelas, al pié de la Sierra, convertido más bien en hospital que en campamento.

Los imperialistas de Victoria, en combinación con sus pérfidos colegas de Linares, alistarón bajo las órdenes de Gayón y Larrumbide, una fuerza que salió en pos de los fugitivos. Los hechos se reproducen aquí como en la persecución de Mendez y los suyos por los franceses de Du-Pin. Para que nada falte al cuadro, aquí hay también como en el drama de Santa María, una víctima de la libertad, que ilustra con un nuevo pasaje el libro sangriento del heroísmo popular.

Como en iguales circunstancias, dispuso Mendez que la familia abandonase el rancho, y recomendó á los sirvientes de la finca que se ocultaran en los bosques. No fué posible tomar con Doña Agapita otra providencia que la de permanecer en la hacienda, al cuidado de una criada, pues su enfermedad así lo requería, de preferencia á un viaje cuyas dificultades hubiesen tenido consecuencias desastrosas. "No tengas cuidado, quedo con la seguridad de que no me sucede nada le decía á su hijo, que no se resignaba á dejarla en aquel lugar, amenazado por todo género de peligros. Algo tranquilos por la confianza con que Doña Agapita parecía quedar, y exhortado por ella para ocultarse con la gente, fué conducido en una camilla, pues no le era posible montar á caballo, á un bosquecillo inmediato que se levantaba detras de una labor.

En las primeras horas de la noche, llegó á la hacienda un piquete de doscientos imperialistas; ruidosamente abrieron la casa de Mendez; tocaron á la puerta, y un momento después, la habitación estaba llena de soldados. Doña Agapita desconcertó al oficial, contestando á sus preguntas con aplomo y habilidad. Fingió ignorarlo todo, y hasta encontró en su situación un excelente recurso para deslizar una protesta sutil contra el atropello. "Señor,—dijo—me parece que para registrar esta casa le basta á usted con uno ó dos hombres; estoy muy enferma y me hace mucho mal tanto ruido." El oficial, llamado Velazquez, movido por esta observación, ó tal vez por reverencia á la ancianidad y el sufrimiento, ordenó que la tropa desalojara la habitación. El solo continuó cateándola, hasta el momento en que oyó de fuera varios tiros que le obligaron á salir.

De un grupo informe de bultos que se agitaban en tropel, partía un rumor de brega confusa, choques sordos, y el acento duro y

enérgico de una voz que blasfemaba y maldecía sin descanso. El oficial se aproximó violentamente. Diez ó doce soldados, todos en actitud amenazante, rodeaban á un hombre á quien hacían avanzar á culatazos...

Era uno de los exploradores de Mendez. Rendidos por el cansancio de tantas jornadas y noches sin reposo, el sueño les había sorprendido en una choza; allí mismo fueron descubiertos por la tropa y levantados á fuerza de golpes y exclamaciones feroces. Aven-tado Perales, así se llamaba el otro explorador, por un choque brutal, se incorporó violentamente, saltó un cercado, emprendiendo la fuga entre los árboles y una lluvia de balas de que por fortuna pudo escapar. Enfurecida la tropa soldadesca, maltrató cruelemente al otro explorador y después de inútiles pesquisas, el piquete imperialista ocupó la hacienda llevando al prisionero á la "Loma," lugar en que se hallaba la fuerza de Gayón.

Al día siguiente fué pasado por las armas el explorador, en presencia de otros cautivos compañeros de infortunio.

Ahora, es necesario decir quien fué la víctima. Se llamaba Ambrosio Mendez, nació en Hidalgo, y era hijastro del Coronel Cerda. Indomable y bravo como un león, no le pagó á la muerte su mísero tributo de terror, ni rindió al infortunio ese homenaje con que la debilidad procura granjearse sus indulgencias. No hubo humillación capaz de doblegarle. Superior á la pena, la aspereza brutal del enemigo solo fué parte á enardecer su brío. Despojáronle de sus armas á fin de reducirlo, pero él no se dejó abrumar por la fuerza, ni dejó de batallar un solo instante contra ella. Luchó con lo que le dejaron: la palabra. Hizo de la inscencia arma para afrentar y despreciar. Toda la saliva, toda la inmundicia del idioma, fueron arrojados por aquellos lábios trémulos de ira, á la faz de sus verdugos.

—¿Es usted de los de Mendez?—le preguntaron en los momentos de su aprehensión.

—¡Sí soy!—contestó con bizarria—y no traidores como ustedes.

—¿Sabe usted donde está?

—¡Sí, lo sé! pero no quiero decir nada.

—Si no confíe lo vamos á matar.

—¡Mátenme, cobardes, y matarán á un hombre!

El jefe imperialista, mandó traerle á su presencia.—Vea usted á revelarme—le dijo—en donde está Mendez y su familia.

—¿Yo...? cree usted que soy—le contestó el prisionero—un traidor, un mal mexicano, que entregue á su jefe y venda á su pa-

tria como usted? Sé la suerte que me espera, pero tendré la gloria de morir por mi patria.

—¡Que lo fusilen!

—¿Cree usted que tengo miedo á la muerte? Eso, solo se queda para los traidores y vendidos.

Y fué al patíbulo, indignado y terrible. Su voz fulminaba. Una descarga mortal, sonó en sus lábios la última injuria...

En presencia de aquel cuerpo destrozado por el fuego, el asombro del enemigo—el más expresivo de todos—pronunció en algunas frases de involuntaria admiración el fúnebre elogio de aquel heroísmo ungido por la sangre, y como Pirro contemplando el fiero rostro de los soldados romanos muertos en el campo de batalla, con voz inspirada y conmovida, exclamó un oficial:—"Lástima de hombre, si de su temple son todos los demás, Méndez no caerá nunca en nuestro poder."

Este hombre era casi un niño; sólo tenía diez y ocho años.....!!!

Durante la expedición de Linares, habíase agregado á Méndez un voluntario llamado Abelardo Crespo, que parecía simpatizar ardentemente con la causa de la libertad. Este individuo le acompañó en su fuga por las sierras, y participaba con aparente abnegación de todas las penalidades de la campaña. No obstante las protestas que de continuo hacía, encareciendo su lealtad y amor por el triunfo de la República, Méndez, con esa penetración tan común á los hombres del campo, alcanzó á descubrir el fondo pérfido y falaz del grutito advenedizo (era español), y cuando para atender á su salud gravemente quebrantada, llamó á su segundo el Coronel Ascensión Gómez, puso bajo sus órdenes el "Cuerpo de fieles," comunicándole estas preciosas recomendaciones: que se internara con la gente á las montañas, que llevara consigo al español, que lo tuviera siempre bajo la más estricta vigilancia y que cambiase inmediatamente de lugar el campamento si llegaba á desertarse.

Pocos días después el español desaparece. Gómez echa de ver la falta de este sugeto, pero sin la índole activa y previsor de su jefe, permanece en el mismo sitio, y cuando parecía presentirlo menos, fué sorprendido por las fuerzas de Gayón, dispersando á la gente y apoderándose del equipaje, municiones, caballos, etc., de los liberales. Con los imperialistas venía el desertor. Méndez tenía razón: era un Iscariote.

Este golpe que como hecho de armas, apenas tiene significación, importaba sin embargo un triunfo de los más trascendentales para la estabilidad del Imperio. Habíase realizado el laborioso propósito de desarmar al tenaz

enemigo de la sierra. Infatigables husmeadores, los sabuesos imperialistas se deshacían en pesquisas minuciosas é implacables para descubrir al fugitivo, y el despecho de sus vanos esfuerzos se desahogaba en represalias contra las propiedades de Méndez, arrasadas por el incendio y el saqueo. De uno ú otro modo triunfaba la invasión. El exterminio cerraba el paso á toda esperanza: la gente dispersa, los recursos exhaustos, sólo quedaba un jefe perdido entre los montes. El mismo dejó de ser luego un obstáculo, pues coronando el éxito más completo, corrió un día con general consternación la noticia de que el jefe republicano había muerto á consecuencia de la herida que recibió en Linares. Los hechos confirmaron inmediatamente el rumor. La voz de la libertad enmudeció en las montañas, volvió á reinar la calma, la familia errante bajó á levantar un albergue sobre las cenizas de uno de los ranchos consumidos por el fuego, y el Imperio juzgó terminadas las cruentas vicisitudes del triunfo y de la pacificación...

\*\*\*

Abrese aquí un paréntesis histórico. Desde que se dispersó el último elemento hostil y activo de la guerra, la conquista entró en pacífica posesión de su dominio. Se hizo la paz bajo la forma violenta y temible de la Ley Marcial; una paz densa como el acero de las bayonetas y el plomo de las balas que la habían impuesto. Así transcurrió la mayor parte del mes de Febrero y casi todo el mes de Marzo; pero á principios de Abril estalla nuevamente el conflicto con un suceso inesperado y repentino. La ciudad de Victoria resulta sitiada, confinada dentro de un estrecho cerco de guerra. Había en este acontecimiento algo de leyenda. Méndez estaba allí vivo y fuerte para el combate, como una sombra vengadora desprendida del misterio y de la tumba en que la conciencia pública lo creía dormido para siempre. El héroe estaba en pie, fielmente abrazado al estandarte de la libertad, más que nunca fascinadora y prestigiada por el apoteosis de la resurrección.

Bajo el terreno moral en que la iniquidad se levanta, desaparecen temporalmente los gérmenes redentores. Tienen las tiranías un rasero de sangre: el patíbulo. Para allanarse el paso es necesario devastar todo lo que asoma sobre el nivel de la sumisión. Si un hombre se levanta, se le mata; si una idea brilla, se le apaga. Se abren sepulcros en la tierra y en el medio social, para soterrar todo lo que estorba sobre la superficie de los hechos. Pero allí están debajo: elaborando la reacción. Echa

tierra sobre las ideas, es minar el terreno que se pisa. Méndez fue muerto en la creencia social, era un germen oculto en el subsuelo transformador de la lucha. Aniquilado por la persecución, postrado por la herida, descendió sobre él la sombra abrumadora, refugiándose en un punto ignorado de la costa para curarse. Pero una vez repuesto, vuelve a la vida, fuerte, como un espectro envuelto en sombras unidas reanimando en el recinto de una ciudad el fuego sacro de una lucha que dos meses antes, al parecer, había extinguido en las montañas la persecución. El advenimiento del caudillo produjo en las conciencias la emoción imponente de un presagio manifiesto. La sola influencia de su nombre despertó un entusiasmo indescriptible. Podía decirse que el enemigo estaba dentro de la plaza. El pueblo se contagiaba del entusiasmo de arrojar a los usurpadores y acudía a ofrecer sus servicios al sitiador. Los jóvenes desaparecían del hogar y resultaban solicitando un puesto entre las filas. Un día se presentó un *ciudadano* que solicitaba una entrevista con el Coronel. Lleváronle a la presencia de Méndez, a quien él dijo: "Vengo a ofrecerme a las órdenes de vd."

—¿Para qué?

—Para entrar con vd. a Victoria.

—¿Vd. . . . !

—Sí, señor.

Pero no fue posible resolver de conformidad, porque el voluntario no tenía los *tamaños* necesarios para cargar un fusil; era un muñeco, un niño.

El sitio se prolongó por espacio de diecinueve días. La incomunicación fue en todo este tiempo rigurosa. Empezaron a escasear dentro los víveres para la tropa. Los tiros parciales de las columnas avanzadas tenían a los imperialistas en continua zozobra, así como las ejecuciones de los que caían en manos de los sitiadores. Tocóse al fin a parlamento. Méndez prometió al jefe de la plaza, Coronel Balderas, toda clase de garantías si desocupaba la ciudad dejando los pertrechos de guerra, amenazándole con un asalto cuya responsabilidad dejaba al mismo Balderas. Capituló éste prudentemente en las condiciones impuestas. Con excepción de la música del cuerpo, retiráronse las tropas a las órdenes de Aruano rumbo a Tula. Méndez ocupó la plaza en medio de las aclamaciones populares. Balderas se desprendió de una preciosa daga que consigo llevaba y se la obsequió al vencedor en premio de la generosidad con que había tratado a los vencidos. Desde aquella fecha, 23 de Abril de 1865, empezó a declinar rápidamente la fortuna del Imperio. A la toma de C. Victoria, siguió la ocupación

inmediata de Linares que se encontraba sin guarnición. Méndez mandó a esta ciudad un comisionado, con órdenes de arbitrar entre los capitalistas un préstamo forzoso. Negáronse de pronto a satisfacer la cantidad impuesta: fueron aprehendidos y llevados a Victoria. Esta medida infundió en ellos un temor indescriptible, pues eran precisamente los mismos personajes que habían atraído a Méndez sobre Linares, con promesas y alagos, que fueron tan desastrosos para él y para su gente. Los cautivos pusieron en juego todo género de influencias para aplacar las terribles consecuencias de una venganza. Méndez los vió abrumados bajo el peso de esta situación y les dijo: — "No crean vdes que los he mandado traer para vengar la vil traición de que fui víctima. No soy un asesino: esa traición llegaría a ser el comienzo de una autoridad superior a la mía. Lo que yo quiero es que vdes. me proporcionen dinero, porque mi gente está desnuda y necesita vestuario." — No hubo más remedio que reunir la suma pedida. (1)

Después de estos sucesos, Méndez emprende una expedición por el centro y sur del Estado. Su marcha fue triunfal. Fue ocupando las plazas más importantes. La toma de Tula es uno de los hechos más notables de esta campaña. Hé aquí los términos en que se dió cuenta al Ministro de la Guerra, acerca de este suceso: "Me presenté a las 9 de la mañana al frente de esta plaza que guarnecían 712 mochos a las órdenes de los titulados Coroneles Llera Prieto y Balderas: el enemigo dejó una coita guarnición y salió a batirme en campo raso, y después de un rudo combate de dos horas, volvió a la plaza completamente derrotado, dejando en el campo 40 muertos y 45 prisioneros. A las cuatro de la tarde emprendí el asalto sobre la plaza, y para las seis, ya estaba en nuestro poder, tomando en este segundo ataque todo el parque y equipajes del enemigo; dejaron en el campo infinidad de muertos, entre ellos un Comandante, un Capitán, un Teniente y dos Alféreces traidores, y un Capitán y dos subalternos franceses. El enemigo fue perseguido más de cuatro leguas hasta que se dispersó completamente. Quedan en mi poder una pieza de artillería, un depósito de armas, parque y lanzas." — Después de este triunfo Méndez recibió del Gobierno Constitucional su Despacho de General de Brigada. En Diciembre alcanzó las victorias del Chamal y el Cantón. En Enero de 1866, marchó para Tantoyuquita. Los franceses y sus aliados se

(1) Los préstamos fueron debidamente pagados por el Gobierno General, durante la administración de Juárez.

habían fortificado en este lugar, y a la llegada de Méndez estaban custodiando y almacenando un gran convoy. El ataque principió caídas ya las sombras de la noche. A los primeros movimientos, el francés se defendió con desesperación. Sin duda alguna que la temeridad del jefe liberal, significaba un reto que llegaba a lo vivo del amor propio militar de aquellos hombres. Para agresión, la de Méndez rayaba en lo intolerable. El despecho exitó la defensa y el encuentro fue rudo. Una bala pasó rozando la frente de Méndez, hiriénzole, aunque no de gravedad; los compañeros le exhortan a ocupar un lugar menos expuesto y la refriega continuó. Las evoluciones rápidas del asalto se iban cumpliendo. Un rumor de esos que arranca el entusiasmo feral, cuando se vislumbra el triunfo a la luz de una ventaja heroicamente alcanzada sobre el enemigo, enardeció a Méndez, y olvidándose de la herida, corre a ponerse al frente de sus tropas. Llegaban ya a las últimas fortificaciones: Méndez es el primero en saltar sobre ellas, pero en estos momentos una bala le hirió en el pecho, derribándole del caballo, machete en mano.

La situación llegó a ser insostenible para franceses y traidores. Fue necesario vacilar; a la vacilación siguió el desorden, y al desorden la fuga y la derrota. Campo y convoy quedaron en poder de los republicanos.

Rayó la aurora del día 23 de Enero de 1866. ¿Qué hay de nuevo en la frente de los campeonos después de una victoria? Hay transfiguración. ¿Qué hay en la mirada de un libertador coronado por el éxito? Preguntádselo a la admiración que aclama. Preguntádselo a los bravos "Fieles de Hidalgo," ávidos de contemplar a su querido jefe como si nunca le hubiesen tenido a su vista modestamente confundido entre las filas. Y cuando la admiración preparaba sus lauros, supose también que esta victoria, la más gloriosa de cuantas se habían alcanzado en Tamaulipas, era una victoria huérfana, una corona sin cabeza. ¡Méndez había muerto!

Su cadáver recogido entre las sombras por un dragón llamado Pedro Mata, permaneció oculto toda la noche por orden de los jefes para no desmoralizar a la gente ni reanimar al invasor.

La agonía del héroe fue el testamento de su firmeza: "Me han muerto; no desmayen, allí está el camino," exclamó señalando al enemigo.

\* \*

Algunas palabras para concluir. Tres fur-

mas dominan en el desarrollo de esta personalidad; tres formas armoniosas de una evolución simétrica. Cada grupo de hechos se presenta en haz característico y ajustado a condiciones que varían sensiblemente con los períodos del proceso. El primero, que llamaremos de preparación, ocupa la mayor parte de la vida de Méndez: su educación, sus primeras campañas en Tampico, etc; el segundo, es el de guerrillero en las montañas, perseguido, aislado, derrotado, herido; y por último, la época triunfal sembrada de lauros y victorias. Todo está comprendido aquí, sin omitir ningún matiz de los numerosos que forman la transición gradual entre la oscuridad y la luz. Y sin embargo, es una cadena forjada a prisas en el espacio de cinco años. Méndez vivió para su patria solamente; llegó a ser una figura de esas que personifican la responsabilidad formidable de una causa, cuando se hace imposible de llevar sobre los hombros. Es de los patriotas selectos de quienes llegan a decir los pueblos "*es la única esperanza.*" Palmo a palmo fue perdiendo todo lo que se extiende al rededor de un caudillo, como el dominio moral de la fe en el triunfo. La marea intervencionista le fue apremiando grado a grado. Allí estaba el empavezado Imperio que le ofrecía deslumbrante acceso a la salvación y la fortuna; pero antes que tripular en corso contra la independencia de su patria, prefirió la roca solitaria, siempre sobre el nivel de la dominación, escalando la árdua cuesta hasta llegar a la cumbre, gloriosamente destrozado por las asperezas del camino. La fiel alegoría está representada en estos hechos: primero, le hicieron imposible la comunicación con los demás patriotas dispuestos a la defensa del territorio nacional, y él quedó en pie en el estrecho horizonte de sus propias providencias. Después le interceptaron los caminos del ataque, convirtiéndole de agresor en agredido, y él se resignó, sin dejar nunca al enemigo más campo que el imposible de disputar. Luego le arrojaron de las tierras pobladas y él se acogió a la sierra agreste. Le estrechan, le reducen, le aíslan en fin, y cuando no hay en torno suyo más que el abismo, la desolación y el naufragio, él queda solo, completamente solo, entre los montes.

Allí estaba a salvo con su causa, pero ¡a costa de cuantos sacrificios! Méndez fue un mártir de todas las privaciones y torturas de aquella hospitalidad miserable y áspera. Pueblo, cuartel y hogar, todo, en el corazón de la montaña, corazón bien duro ¡al fin de piedra!

Se comprende que haya resistido a tanta pena porque Méndez se formó como los soldados de Esparta, para la lucha y la fatiga,